no se dejan jamás al arbitrio del príncipe, sino que todo inmutablamente está establecido en las leyes, á las cuales lo que no se conforma es *nulo*.

El *juicio* sin la *ejecucion*, no serviria de nada, y de aqui es que se ha debido crear una *fuerza pública* y ponerla en manos del príncipe: por lo cual todo ciudadano está en un íntimo respeto con la fuerza del príncipe, y esta es la que á todos hace cumplir exactamente con sus deberes, y la que mantiene el buen òrden, por mas tentativas que se hagan para salir de él.

Luego en la sociedad el príncipe es el *centro* de donde nacen y se reparten todas las lineas á la circunferencia, y para decirlo con propiedad, él es el que tiene en la mano todas las puntas para regularlas segun fuese conveniente y necesario. Asi el se acerca à todo, todo lo anima, en todo está presente y por esto la soberania es la *base* de la *organizacion*. Y asi como decimos que la soberania se puede administrar de muchas diversas maneras, asi pueden tambien escogitarse otras tantas organizaciones diversas. Nosotros aqui hemos hablado de una organizacion general, esto es, de aquella que debe hallarse en cualesquiera sociedad en que el príncipe esté rectamente instituido y el tratar ahora de otras organizaciones particulares, no es ni posible, ni conducente à nuestro propòsito.

CAPITULO XX.

ENEMIGO DE LOS DERECHOS DEL HOMBRE EN LA SOCIEDAD CIVIL.

El mismo enemigo que tendriamos en el estado de pura naturaleza, tenemos en la sociedad civil, y no hay modo para echarlo fuera de nosotros. *El amor propio* pertenece á nuestra naturaleza, y es el muelle de todas nuestras operaciones: no es posible que haya un hombre que no se ame à sì mismo, y si acaso lo hubiese, seria un marmol estúpido con semblante de hombre. Este amor es *nuestro mayor enemigo*; pero al mismo tiempo es *nuestro mas afecto amigo*. ¿No ha sido él el

que nos hizo poner en sociedad, y el que nos ha sugerido los medios para vivir seguros en ella? ¿Pero cómo puede ser à un mismo tiempo amigo y enemigo? Vamos, pues, à esplicarlo.

Por *amor de si mismo* no debe entenderse otra cosa que el *apetito insuperable* que cada uno tiene de su *propia felicidad*. De esta verdad es un clarisimo argumento el ver que cuando à un hombre se le hace muy grave y tormentosa su existencia, no duda de darse la muerte, porque èl no quiere existir infelizmente, y asi es necesario confesar que el amor de la felicidad prefiere al de la misma existencia, y que por esto el amor de si mismo, esto es, del individuo existente en su ùltimo anàlisis, se resuelve en el apetito de la propia felicidad, del cual no puede ninguno prescindir ni despojarse.

De este principio deducimos, el que no puede admitirse en general ser el amor propio un principio *intrinsecamente malo*; habiendonos dado, como es cierto, la naturaleza por norma á la razon, para que segun ella regulemos nuestras acciones, si estas se conforman con el dictamen de lo recto, lo que obrasemos de este modo debe ser *moralmente bueno*. El amor propio ó sea el apetito de la propia felicidad, es una muelle fisica, como la facultad de ver, de andar, de comer; y asi considerado por sí solo, es un principio *indiferente*. Del estado físico, pasa al moral en el hecho de referirse á la *norma* de las *acciones*, de suerte que es bueno ó malo moralmente, segun que obra á favor ó en contra de ella. Cuando se regula por la razon, no solo es moralmente bueno, sino tambien *nuestro amigo*, porque la razon no puede jamas discordar de nuestro *verdadero bien*; pero cuando abandona esta guia, inmediatamente fuera de ser moralmente malo, es *nuestro enemigo*, porque lo que no se conforma à la razon, debe ser nuestro *verdadero mal*.

Conviene seguramente confesar, que el amor propio inclina muchas veces á obrar por *el capricho* mas bien que à llevar con prudencia *el freno de la razon*. Ciertamente que no deberia ser asi, porque esto es un desórden, y no habiendo el sapientisimo Autor del

hombre podido crearlo desordenado, debe decirse que semejante desconcierto le provino de alguna otra *causa accidental*. Pero no nos avancemos por ahora à reflexiones religiosas: el hecho es cierto, evidente y de una evidencia esperimental. *Si*, el amor propio por lo comun va en contra de la razon, y por esta causa es enemigo de los derechos del hombre. Es enemigo y formidabilisimo, lo primero por su vasta influencia, lo segundo por sus leyes y lo tercero por sus artificios.

El amor propio abraza bajo de sì todo lo *apetecible*. No es una pasion particular determinada à particular objeto, ni tampoco rectamente se puede llamar padre de todas las pasiones. Para hablar con propiedad se debe decir que todas las pasiones son una misma cosa con él, y que toma diversos nombres, segun la diversidad de sus tendencias. Es soberbia, es ambicion, es codicia: es odio, es amor, esperanza y temor; es ira, envidia, zelos, compasion: en suma es todo lo que mueve al ànimo del hombre, sea de cualesquiera manera. ¿Y tambien será aborrecimiento? Sí, seguramente, porque no aborrecemos una cosa sino en cuanto amamos la contraria. Siendo tan vasto su dominio, encontrandose en todo, en lo público y en lo privado, en lo que se hace y en lo que se deja de hacer, cuando se habla y cuando se calla; mezclandose en todos los pensamientos, en todos los juicios y en todas las deliberaciones, ¿no se deberá temer grandemente à este enemigo de los derechos del hombre?

Pero indaguemos las leyes con las cuales se gobierna este monarca. Son dos: leyes de *insaciabilidad* y leyes de *singularidad*.

El amor propio es siempre insaciable: todo lo que tiene algun respeto de bien, luego lo quiere en todos sus *modos* y en todos sus *grados*. Despues que ha gozado de un modo, quiere gozar de otro: conseguido lo menos, al punto quiere lo mas; y hallandose en posesion de algunos bienes, desea todos aquellos otros que le faltan: no apetece sino los que no conoce. Semejante caracter ¡cuanto no lo hace incomodo

y peligroso en la sociedad! Pero esta insaciabilidad no nos debe causar maravilla. ¿El amor propio no es lo mismo que el apetito de la felicidad? ¿Y la felicidad perfecta no esta contenida en el *infinito*? ¿Luego qué admiracion nos debe causar que el amor propio no pueda saciarse cuando se encuentra encerrado en la estrecha esfera de la *contingencia*?

Ni solamente es insaciable sino que tambien *todo lo quiere para si solo*. Un hombre coexistiendo con sus semejantes, parece que debe pensar siempre à favor de ellos, y hacer alguna cosa por ellos; pero esta es una vana apariencia: piensa en sí solo, todo lo hace para sí solo y como si viviese el solo en el mundo. Asimismo, estando con ellos en compañia, su oculta pretencion es la de hacerse servir y adorar de todos, que todos deban cederle á él, que à él deban referir sus acciones; pero que él por ningun motivo deba buscar mas centro que à si mismo. Este otro caracter del amor proprio es sin duda el mas pernicioso de todos.

Ved aqui las leyes del amor propio, cuando no està bajo el imperio de la razon, y ved como todas ellas son opuestas á las leyes sociales. La sociedad prescribe ciertos *limites* à los *apetitos* de cada ciudadano, y el amor propio le pide un ejercicio *ilimitado* de ellos. La sociedad quiere que cada uno sea ùtil y se refiera à los otros; y el amor propio pretende que cada uno sea centro de sí mismo, y tambien de los demas. De las leyes sociales nace la *union* y la *paz*: y las leyes del amor propio traen consigo la *division* y la *guerra*. ¿Y cómo podràn vivir en paz tantos agentes que intentan continuamente el salir fuera de sus confines? ¿Cómo harán armonia tantas ruedas cada una de las cuales se esfuerza à tirar las otras à si misma? Este es un vivo contraste, en el cual los circulos que se describen se rompen de mil maneras, semejante à aquel que hacen los grandes peñascos arrojados en un profundo lago, los cuales se interceptan en sus olas, con tantas undulaciones que no resultan de ellas sino unas figuras irregulares, y la universal turbacion de las aguas.

Crecen los peligros del amor propio por los *artificios* que le son connaturales. El posee maravillosamente el arte de esconderse cuando sabe que el presentarse à cara descubierta no es conveniente à su interes: toma indistintamente todas las figuras y máscaras, y representa igualmente muy bien toda suerte de personages: pone por delante para engañar lo recto, lo justo, lo honesto; lisongea para sorprender, ruega para mandar, se abate y aun envilece para enzalsarse; en una palabra es un *proteo* que vistiéndose de todas las formas no se deja pillar sino cuando le agrada.

A mas de esto, siempre está en contradiccion con la razon como quiera que esta con su luz le descubre la imperfeccion que en sí mismo aborrece. ¿Y que hace él entonces para obrar á su modo, y hacerse de amiga à la misma razon? La pervierte y la corrompe, la trae à fuerza á sus intereses, desviandola de la verdad con nociones equívocas, con principios superficialmente examinados, con consecuencias sofisticas para sacar asi su aprobacion. Y si la verdad que le ofende es tan clara que se le haga imposible el sobornar á la razon, emplea toda su fineza en embarazar que esta no fije la vista en ella, para que pueda seguir sin remordimiento el impulso de sus inclinaciones. Cuando otro habla, facilmente conocemos si habla mal, por seduccion de su amor propio; pero cuando nosotros somos los que hablamos nos parece casi siempre que hablamos bien. Luego este es un enemigo, del que es cosa muy dificil el libertarnos, de suerte que por él el vivir en sociedad se reduce á un comercio de engaños, porque por el amor propio engañamos à los otros, y nos engañamos tambien à nosotros mismos.

Esplicados los caracteres principales del amor propio, tocaré las *causas* por las cuales el amor propio de unos suele contrastar con el de los otros. Estas seguramente son dos las principales, que son *la diversidad en las opiniones, y la identidad en los intereses.*

Todo hombre tiene, asi como un paladar diverso, asi tambien una diversa manera de pensar, la cual

trae su raiz de la *educacion y de las inclinaciones* que se han engendrado en la niñez. De aqui se sigue el que un objeto que le parece bueno à uno, à otro le parece malo, y el amor propio es tan tenazmente apegado à su manera de pensar, que es dificilísimo el que se aparte de ella, y esta es una fecundísima causa de los mayores sinsabores y disgustos.

Pero si es cosa rara el encontrar dos que piensen de una misma manera, es *frecuentisimo* que muchos tengan *un mismo interes.* En esta virtud cuando muchas personas concurren en sus apetitos á la adquisicion de un mismo bien, cada una por ley del amor propio, quiere conseguirlo á pesar de todas las otras y hace los mayores esfuerzos para adquirirlo: mas no se puede vencer á las demas sin combatir, y este combate es perniciosísimo al estado.

De todo lo espuesto, cada uno conocerà cuan arduo y dificil es el tener unidos en una dulce concordia á todos los ciudadanos entre si mismos, y el hacerlos obrar con aquella rectitud y organizacion que exije la prosperidad y la conservacion de la sociedad.

Pero no debemos atender solamente al respeto que debe tener un ciudadano con otro ciudadano, sino que debemos considerar todo el cuerpo de la nacion segun que ella se refiere al príncipe que la gobierna. Quien hubiese ponderado bastantemente todo lo que hemos dicho del amor propio debe convenir en que estas son dos *potencias* enemigas, las cuales bajo la apariencia de paz, se hacen una obstinadisima guerra. E estado social es obra de la *necesidad:* es estado de *restriccion,* de *diminucion,* de *dependencia,* esto es, estado nada conforme al *genio* del amor propio: es finalmente un estado de *precision* porque no se puede existir de otra manera: este es el lenguage de la razon, y el amor propio quisiera estar de diverso modo. De esto resulta que todos aquellos que obedecen gravitan tácitamente contra quienes los mandan, y se esfuerzan por todos lados á ampliar cuanto les sea posible la esfera de su libertad y á restringir la autoridad de los que gobiernan. No ven que en esto pro-

curan su misma ruina y si acaso lo ven, prevalece en el amor propio el interes del *momento*. Con esta tacita disposicion, todo lo que hace el príncipe aunque sea dirigido à las verdaderas ventajas del pùblico, por poco que no se conforme con el interes del *momento* pone los ánimos en fermentacion, y escita innumerables disgustos.

Por otro lado, el príncipe y todos aquellos con quienes èl divide la soberania, gravitan por la misma ley del amor propio sobre la nacion y se esfuerzan à achicarla cuanto mas pueden à fin de comparecer ellos mas grandes. De aqui resulta la exorbitancia de las contribuciones, el corrompimiento de los juicios, la venta de las gracias y favores, y finalmente, esta es la causa de las supercherias, del fausto y de la insensibilidad à todo lo que no es *corte*.

Pero si el amor propio los *une* en contra del *pùblico*, el mismo amor propio los pone en guerra viva entre si. El príncipe esta siempre dispuesto á desconfiar de los ministros, y estos igualmente del príncipe. El uno y los otros estudian mutuamente el modo de engañarse. Peor sucede entre cortesano y cortesano. La diversidad de las opiniones y la identidad de los intereses, tanto mas exaltan sus pasiones, cuanto mas grandes son los objetos y cuanto mas cercanos estan el uno del otro, por cuya causa son fuertemente tentados à ver quien es el que primero puede destruirse. En ningun otro lugar mejor que en la corte, los artificios del amor propio deben de ser seguramente mas finos y mas sutiles: el manejo de los negocios y su frecuencia y diversidad, aguzan el entendimiento, y de esto resulta que la simulacion es mas profunda, los designios mas meditados, los medios de ruina preparados con mas cautela y conducidos hasta su fin por unos casi impereeptibles caminos.

Yo confieso ingenuamente que no conozco ninguna corte, y por consecuencia no puedo asegurar de que en todas reinen los vicios que he insinuado; pero conozco medianamente al hombre, y asi he dicho todo aquello que en fuerza de sus leyes es capaz de hacer el amor propio del hombre en la corte, cuando no

està regulado por la razon. Sin duda que hay muchos príncipes y muchos ministros respetables por sus virtudes, y esto lo que probarà serà que el amor propio puede vencerse por el hombre, lo que yo jamas he negado.

Estamos ya en la conclusion de este primer libro, en él he puesto delante de los ojos de los lectores todos los *derechos naturales* del hombre, advirtiendo que en el ejercicio ordenado de estos consiste su *felicidad temporal*. He tambien demostrado que no subministrando el estado de *pura naturaleza* medio alguno de *seguridad*, el estado en el cual nos quiere la misma *naturaleza* es el de la *sociedad civil*, en el que puede obtenerse la seguridad apetecida. Hemos visto igualmente *nacer* la sociedad, y tambien *organizarse*; pero al mismo tiempo hemos advertido que el formidable enemigo de los derechos del hombre está en ella *inseparablemente* con nosotros. Se trata de domarlo, de ponerle un freno y de hacerlo obrar de manera que respete los derechos de cada uno: ¿y que medios que sean aptos para conseguir este gran fin contendrà en su fondo mismo la sociedad civil? ¿Tendrá por ventura algunos que sean adecuados? Este es el argumento del segundo libro.